

Curso E-Quip de Fe y Vida Cristiana Ortodoxa

UNIDAD 3A: DOCTRINA

67: La Teosis – La Deificación

Fundamentos Bíblicos y Patrísticos

Los fundamentos bíblicos de la doctrina ortodoxa de la deificación (*theosis* en griego) se encuentran en 2 Pedro 1:3-7 que dice:

Pues su divino poder nos ha concedido cuanto se refiere a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento perfecto del que nos ha llamado por su propia gloria y virtud, por medio de las cuales nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina, huyendo de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Por esta misma razón, poned el mayor empeño en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la templanza, a la templanza la paciencia activa, a la paciencia activa, la piedad, a la piedad el amor fraterno, al amor fraterno la caridad.

Tanto el historiador Eusebio como los antiguos Padres de la Iglesia aceptaron unánimemente la canonicidad del 1 Pedro, pero existía una duda considerable entre los Padres de la Iglesia sobre si 2 Pedro había sido realmente escrita por el apóstol Pedro. No fue hasta la época de San Beda (673-735) que la autenticidad de 2 Pedro fue ampliamente aceptada, en conformidad con la exégesis de San Beda de que “es por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesús Cristo que llegamos a entender los misterios de su divinidad por la cual hemos sido salvados.”¹

Debemos observar que varios de los Antiguos Padres de la Iglesia, incluyendo a Orígenes (185 d.C.) y San Ambrosio (c.333-397) apoyaron fuertemente la importancia del mensaje de 2 Pedro 1:3-7 acerca de cómo vivir la vida cristiana. Por ejemplo, San Ambrosio escribió de manera bien explícita en sus *Cartas a los Sacerdotes*:

El hecho es que Dios hizo a la humanidad partícipe de la naturaleza divina, como leemos en la segunda epístola de Pedro. Nos concedió una relación consigo mismo, y tenemos una naturaleza

¹ San Beda, *Sobre 2 Pedro*, citado por Gerald Bray (Ed.), *Ancient Christian Commentary on Scripture, New Testament XI* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2000), p. 132. Sobre la autoría de 2 Pedro, vea Bray, “Introduction to the Catholic Epistles,” pp. xix-xxi.

racional que nos hace capaces de ver lo divino, que no está lejos de cada uno de nosotros, en quien vivimos y somos y nos movemos.²

La visión equilibrada de San Hilario de Arlés (c.401-499) se ha convertido en la Tradición de la Iglesia: “Así como Dios hizo a un lado su naturaleza para hacerse partícipe de nuestra humanidad, así somos nosotros llamados a dejar a un lado nuestra naturaleza para hacernos partícipes de su divinidad.”³ La posibilidad de progreso continuo en esta adquisición de la deificación ha sido expuesta por San Beda:

Cuanto más grande se hace tu conocimiento de Dios, más comprenderás la magnitud de sus promesas. Cuando Dios nos bendice, cambia nuestro mismo ser para que lo que somos por naturaleza se transformado por el don de su Espíritu Santo, para que verdaderamente nos hagamos partícipes de su naturaleza.⁴

Este no es un objetivo imposible, porque de acuerdo con las palabras del Bendito Teofilacto Arzobispo de Ohrid y Bulgaria (c.1050-c.1108): “La gracia y la paz son los medios por los cuales Dios nos da todo lo que necesitamos para vivir vidas piadosas.”

El Bendito Teofilacto también ha expuesto claramente un orden en el cual podemos recibir esta gracia y esta paz. En su Comentario sobre 2 Pedro en su capítulo inicial, escribe:

Pedro establece aquí el orden que hemos de seguir para alcanzar la plena madurez. Ante todo, viene la fe, que es el fundamento y la fuente de todas las buenas obras. Luego sigue la virtud, por la cual quiere decir las buenas obras, puesto que sin ellas la fe está muerta, como dice Santiago [Santiago 2:26]. Luego viene el conocimiento. ¿Qué es eso? Es la comprensión de las cosas ocultas en Dios que no son reveladas a todos, sino a aquellos que continúan fielmente en las obras mencionadas. Lo siguiente en la lista es el autocontrol. Es necesario para asegurar que aquellos que llegan lejos no sean arrastrados por la magnitud del don que han recibido y se conviertan en altivos como resultado. La perseverancia sigue después, porque requiere tiempo adquirir la perseverancia, y sin perseverancia una persona puede que desista y caiga en algo aun peor que aquello de lo cual ha sido liberada. La perseverancia aumenta nuestra confianza en Dios, por lo cual la piedad sigue luego. Cuanto más nos asemejamos a Dios, más somos compelidos por esa semejanza a amar a los demás, por lo cual el amor fraternal es el siguiente en la lista. Finalmente, está la caridad, la perfección de todas las virtudes, como también lo confirma Pablo [1 Corintios 13].⁵

² *Cartas a los Sacerdotes* 49, citado por Bray, p. 132. Puede que las diferencias entre el griego pulido de 1 Pedro y el tosco lenguaje de 2 Pedro estén ligadas al hecho de que Silas es identificado en las últimas oraciones de 1 Pedro como el escriba, pero no en 2 Pedro.

³ San Hilario de Arlés, *Comentario Introductorio a 2 Pedro*, citado por Bray, p. 133.

⁴ San Beda, *Sobre 2 Pedro*, citado por Bray, p. 133.

⁵ Citado por Bray, pp. 133-134. Algunos de los nombres específicos de las virtudes han sido cambiados en las virtudes listadas en la traducción de Bray para seguir el orden en la Standard Version que es citada en inglés a lo largo del *Ancient Christian Commentary on Scripture*.

Con estos fundamentos bíblicos y patrísticos acerca del sendero hacia la deificación, tomemos en consideración cómo este entendimiento bíblico y patrístico puede ser logrado tanto teológica como prácticamente.

La Deificación: El Propósito de Todos Nuestros Viajes y Luchas

Para los cristianos ortodoxos, la *teosis* o deificación es el destino de cada ser humano, así como “el retorno de la creación entera a su forma paradisiaca ... cuando la tierra estará llena del conocimiento del Señor” (Isaías 11:9).⁶ Por lo tanto, debería ser considerada como el propósito de todos nuestros viajes y luchas en la arena en la cual nos encontramos. Según los ancianos monásticos contemporáneos, solo cuando estamos enfocados en la *teosis* podemos ponernos en marcha en el gran viaje espiritual que es nuestro llamado como humanos. Esta aventura nos llevará inevitablemente hacia nuestro verdadero destino. En la tradición de los escritores patrísticos, se alega que solo a lo largo de este “camino real” podemos desarrollar una perspectiva iluminada de las muchas cuestiones que enfrentamos en el tiempo que nos ha sido dado y en los lugares en que nos encontramos. Además, si la meta de la *teosis* no aparece como nuestro principio rector entonces nuestras vidas pueden ser despojadas de su significado y nuestras aventuras espirituales pueden convertirse simplemente en un fin en sí mismas. Según la memorable frase de San Agustín en el comienzo de sus *Confesiones*, “Tú [Señor] nos has hecho para Ti, y nuestros corazones están siempre inquietos hasta que hallan su descanso en Ti.”⁷

Para lograr la *teosis* debemos tratar de encontrar al verdadero Cristo, prestando atención a la advertencia de San Pablo en 2 Corintios 11:3-4 acerca de los peligros que “se perviertan vuestras mentes” cuando “cualquiera que se presente predicando otro Jesús del que os prediqué [i.e. Pablo], y os proponga recibir ... un evangelio diferente.” El Padre Emmanuel Hatzidakis lanza una advertencia que muchos cristianos no ortodoxos harían bien en reflexionar sobre ella:

“En Cristo” todos tienen el potencial de lograr la *teosis*, la unión con Dios. Pero, nuestra fe debe ser en el verdadero Cristo. Por eso la Iglesia luchó enérgicamente toda su vida contra la herejía, contra la falsificación de cualquier clase de la verdadera doctrina acerca de Cristo, porque la unión con un falso Cristo sería una falsa unión. Sería un trágico engaño. Los falsos profetas se levantan incluso en nuestros días, intentando apartar a las ovejas lejos del verdadero Cristo.⁸

Este punto de vista es a menudo impopular, especialmente entre los cristianos no ortodoxos, y debe ejercerse con un considerable discernimiento y caridad, mientras aprendemos acerca de

⁶ Padre Emmanuel Hatzidakis, *Jesus Fallen? The Human Nature of Christ Examined from an Eastern Orthodox Perspective* (Clearwater, FL: Orthodox Witness, 2013), p. 7.

⁷ *Confesiones* 1.1.1, citado por Hatzidakis, *Jesus Fallen?* p. 500.

⁸ Hatzidakis, *Jesus Fallen?* p. 500. Vea *Preaching Another Christ, an Orthodox View of Evangelicalism, A Letter by Saint Theophan the Recluse*, tr. Dimitri Kagaris (Chicago, IL: Orthodox Witness, 2011, 2da ed.).

“habla[r] la verdad en amor” (Efesios 4:15). Al tratar de entender el verdadero significado del viaje hacia la *teosis* hacia el cual somos llamados todos en 2 Pedro 1:37, observe que es “la distinción entre la esencia y las energías [de Dios la que] hace posible preservar el verdadero significado de las palabras del Apóstol Pedro ‘partícipes de la naturaleza divina.’”⁹ San Basilio el Grande (c.330-379) explica la teología subyacente:

Decimos que conocemos la grandeza de Dios, su poder, su sabiduría, su bondad, su providencia sobre nosotros, y la justeza de su juicio, pero no su misma esencia... Las energías [de Dios] son diversificadas, y la esencia es simple, [y] decimos que conocemos a nuestro Dios a partir de sus energías, pero no tratamos de acercarnos a su esencia. Sus energías descienden a nosotros, pero su esencia permanece más allá de nuestro alcance... por lo tanto, el conocimiento de la esencia divina involucra la percepción de su incomprendibilidad, y el objeto de nuestra adoración no es aquello de lo cual comprendemos la esencia, sino de lo cual comprendemos que la esencia existe.¹⁰

Tales son las limitaciones de nuestros viajes para convertirnos en “partícipes de la naturaleza divina.”

Ascendiendo las Alturas Espirituales como Personas y en Comunidad

El Archimandrita Jorge, anterior Abad del Monasterio Gregoriu de Montes Athos, es un destacado exponente de las enseñanzas ortodoxas sobre la *teosis*, las cuales explica en *La Deificación como Propósito de la Vida Humana*.¹¹ Según el Archimandrita Jorge, el propósito de nuestra vida se declara en el mismo primer capítulo de la Biblia. Aquí leemos que Dios creó al hombre “a [su] imagen, como semejanza [suya].” Así afirmamos el gran amor que Dios tiene por nosotros. No quiere que seamos simplemente unos seres con ciertos dones, ciertas cualidades, cierta superioridad sobre el resto de la creación, sino que quiere que “seamos un dios por la gracia.” San Gregorio el Teólogo escribe que el hombre es “un animal ... que puede ser deificado por su inclinación hacia Dios.”¹² Debemos entender que los dones de “a su imagen” nos fueron concedidos para que, como personas y en comunidad, podamos ascender a las alturas espirituales. De lo que se deduce que nuestra meta no es simplemente cultivar una relación moral, externa; sino lograr una unión personal con nuestro Creador.

Los escritores patrísticos nos han advertido, a lo largo de los siglos que tanto dentro como fuera de la Iglesia muchos se sienten horrorizados por tales afirmaciones atrevidas. En especial, hoy

⁹ Exégesis de 2 Pedro 1:4a en *The Orthodox New Testament, Vol. 2, Acts, Epistles, and Revelation* (Buena Vista, CO: Holy Apostles Convent/Dormition Skete, 3ra ed., 2003), p. 473, disponible en inglés en www.HolyApostlesConvent.org.

¹⁰ San Basilio, *Carta 234 a Anfiloquio*, citada en *The Orthodox New Testament, Vol. 2*, p. 473.

¹¹ (Mt Athos: Praxis Press, 2001). Vea también *The Living Witness of the Holy Mountain: contemporary voices from Mount Athos*, trad. Con una introducción y notas por el Hieromonje Hieromonk Alexander Golitzin (South Canaan, PA: St Tikhon's Seminary Press, 1996), especialmente el capítulo 11, “The Experience of The Transfiguration in the Life of the Athonite Monk” por el Archimandrita Aemilianos, pp. 194-215.

¹² *Homilía sobre la Epifanía* MPG 36, 324, 13.

en día se asume que el propósito de nuestra vida es, como mucho, el simple mejoramiento moral – que el propósito de nuestro viaje espiritual es ayudarnos a hacernos cada vez más conscientes socialmente, más mesurados, más reflexivos, etc. En la vasta sociedad, en donde la Iglesia Cristiana no juega papel alguno, a menudo se la relaciona con la justicia social y los debates sobre la moralidad, ya sean personales, ecológicos o económicos. Sin embargo, para San Atanasio el Grande estas preocupaciones y otras relacionadas eran sencillamente puntos de comienzo en un viaje mucho más grande, más exigente y al final, mucho más excitante.

El Archimandrita Jorge escribe que:

Ya que el hombre es “llamado a ser dios,” es decir, ha sido creado para convertirse en un dios, si no se encuentra en el camino de la teosis, siente un vacío interior; que algo no anda bien. No se alegra, ni siquiera cuando intenta tapar este vacío con otras actividades. Puede narcotizarse a sí mismo, construir un mundo imaginario y fantasmagórico, pero a la vez pobre, pequeño y limitado. Puede encerrarse, enjaularse, encarcelarse a sí mismo dentro de él. Puede organizar así su vida, de forma que nunca permanezca sereno, solo consigo mismo. Puede tratar, mediante el ruido, la tensión, la televisión, la radio, la información continua sobre esto o aquello, así como con drogas, de olvidar, de no pensar, no preocuparse, no recordar que no está en el sendero correcto, que ha extraviado su propósito.

Como otros pensadores athonitas, el Archimandrita Jorge expresa que nuestro verdadero reto es estar en comunión y unirnos con Dios.

Dificultades para Lograr la Deificación

En las epopeyas y los mitos de muchos pueblos antiguos, y sobre todo en la filosofía de los antiguos griegos, es posible detectar una añoranza por el Dios desconocido y un deseo de experimentar lo Divino (por casi cualquier medio). Aunque los persas, los griegos, los romanos y otros eran tanto fieles como devotos, eran incapaces de entrar en plena comunión con Dios. De la misma manera, en el Antiguo Testamento, encontramos gente justa, virtuosa y santa. Sin embargo, la plena unión con Dios fue solo posible con la Encarnación del Logos Divino, como han declarado los escritores patrísticos en la sección inicial de esta clase.

Según el Archimandrita Jorge:

Este es el propósito de la encarnación de Dios. Si el propósito de la vida del hombre fuera simplemente hacerse moralmente mejor, no hubiera necesidad de que Cristo viniera al mundo, de que tuvieran lugar todos estos sucesos de la divina Providencia; la encarnación de Dios; la cruz, la muerte y la resurrección del Señor; todo lo que nosotros los cristianos creemos que Le ha sucedido a Cristo. La raza humana pudiera haber sido enseñada a ser moralmente mejor por los profetas, los filósofos, los justos y los maestros, de igual manera.

Necesitamos reflexionar que no hubo falta de tales figuras ya sea entre los judíos como entre los gentiles de los siglos precristianos, ni ha existido ausencia de tales luminarias más allá de la Iglesia hasta el presente día.

Por supuesto, Adán y Eva también querían convertirse en dioses. Sin embargo, fue un deseo prematuro, ni bendecido ni en colaboración con Dios el Creador. Los primeros humanos carecían de discernimiento espiritual y no tenían experiencia alguna de humildad, sacrificio y amor. En las Escrituras se revela que se basaron en su propio impulso y actuaron de manera deliberada, en lugar de hacerlo como niños impetuosos. Para la Iglesia Ortodoxa, la esencia de la caída fue, y será siempre, el egotismo. Al ceder ante la tentación del ego, la independencia y el orgullo, nuestros ancestros se separaron a sí mismos de Dios. En lugar de alcanzar la deificación lograron exactamente lo opuesto: la muerte espiritual. En los escritos patrísticos se nos asegura que Dios es vida.

Por lo tanto, quienquiera se haya separado de Dios, se ha separado de la vida.

La Encarnación: El Sendero hacia la Deificación

San Gregorio Nacianceno, el Teólogo, es especialmente útil cuando explica qué cambió con la llegada del Mesías tan esperado. La Encarnación del Logos establece una segunda comunión entre Dios y la humanidad. La primera de tales comuniones fue en el Paraíso. Esta, sin embargo, fue rota irrevocablemente. El hombre se separó de Dios. El Dios misericordioso entonces proveyó otra, una segunda comunión, la cual no puede ser rota nunca más. Es la nueva de la unión de Dios y la humanidad – una segunda comunión de Dios y los hombres que ocurre en la persona de la Palabra de Dios, Jesús Cristo. Este argumento aparece de manera destacada en todos los Padres Capadocios.

En la dispensación cristiana, por medio de la unión de las dos naturalezas en la persona de Cristo, la naturaleza humana se reunió con la naturaleza divina. Ocurre así porque Jesús Cristo es el eterno Dios-hombre (Theanthropos). Como el verdadero Mesías, ascendió al cielo demostrando así el sendero que sus seguidores deben tomar. Como el Dios-hombre, está sentado a la diestra del Padre. Como el Dios-hombre, vendrá a juzgar al mundo en la Segunda Venida. Por lo tanto, la naturaleza humana ahora está entronizada en el seno de la Santa Trinidad. Nunca más puede algo separar la naturaleza humana de Dios. Después de la Encarnación de la Palabra, no importa cuántas veces pequemos, no importa cuántas veces nos separemos de Dios, siempre existe la posibilidad del arrepentimiento, o sea, si deseamos reunirnos con Dios.

El Archimandrita Jorge declara:

Por lo tanto, el Señor Jesús nos da esta posibilidad, de unirnos con Dios, y de regresar al propósito primario, el cual Dios ordenó para el hombre. Por ello es descrito en las Santas Escrituras como el

camino, la puerta, el buen pastor, la vida, la resurrección, la luz. Él es el nuevo Adán, que repara los errores del primer Adán. El primer Adán se separó de Dios por su desobediencia y su egotismo. Con su amor, y su obediencia al Padre, obediencia hasta la muerte, hasta “la muerte en la cruz,” el segundo Adán, Cristo, nos lleva de vuelta una vez más a Dios. Una vez más orienta nuestra libertad hacia Dios, para que, ofreciéndosela, nos unamos con Él.

Esta experiencia en Cristo de orientar “nuestra libertad hacia Dios” es la que nos abre el viaje hacia la teosis.

La Theotokos y los Santos: Ejemplos de Deificación

La himnógrafa Kassiane,¹³ entre otros, proclamó que el “gran proyecto” del Nuevo Adán presupone el “proyecto complementario de la nueva Eva – la Theotokos, un tema que se remonta tan lejos al menos hasta San Ireneo de Lyon. La Theotokos, junto a su Hijo, corrigió el error cometido por la antigua Eva y transformó su transgresión al convertirla en la “primera causa” de la Encarnación. Eva alentó a Adán para que desobedeciera. La nueva Eva, la Theotokos, contribuye a la Encarnación del nuevo Adán que guiará a la raza humana hacia la obediencia a Dios. Por esta razón, como la primera persona humana que logró la teosis de forma excepcional y, de hecho, irrepetible, la Theotokos jugó un papel crucial en nuestra salvación. Fue la pionera cuyo papel fue no solo fundamental, sino también necesario e irremplazable, tanto al trascender como al bendecir la primera transgresión.

Según San Nicolás Cabasilas de Tesalónica, el gran teólogo laico del siglo XIV, este papel sustenta toda la teología ortodoxa. Pues si la Theotokos en su obediencia, no hubiese ofrecido su libertad a Dios, si no hubiese dicho “sí” a Dios, la segunda Persona de la Trinidad no se hubiera encarnado. Si esta pura y santísima doncella no hubiera ofrecido su libertad, su voluntad, todo su ser a Dios, la salvación hubiera sido desconocida para nosotros y estaríamos pereciendo, incluso ahora, en nuestros pecados y seríamos aplastados para siempre por nuestra mortalidad. Este es el motivo por el cual la Siempre Virgen María es alabada por las Iglesias Orientales como “más honorable que los Querubines e incomparablemente más gloriosa que los Serafines” y es celebrada en innumerables iconos y fiestas relacionadas con sus milagros.

La Iglesia Ortodoxa revela en los iconos de los santos a las personas deificadas. Son nuestros guías a lo largo de este difícil sendero, estando ahora “endiosados” son potentes testigos de nuestro potencial completo. Son los cristianos que se convirtieron en dioses por la gracia puesto que Dios se convirtió en hombre y estos santos nos llaman para que intentemos al menos el ascenso. Por ello en las iglesias ortodoxas se representan no solo al Dios encarnado, Cristo, y su Madre, la Theotokos, sino también los Santos de cada era y de cada región. Típicamente, los

¹³ *Kassia*, también conocida como *Kassiane*, *Kassiani*, *Casia*, o *Santa Casiana* — Constantinopla (actualmente, Estambul, en Turquía), 810 - c. 867—, fue una poetisa y compositora del Imperio bizantino (Nota del Traductor).

Santos están situados alrededor en las paredes de la Iglesia, protegiendo e indicando hacia Cristo el Pantocrátor en la cúpula. En las iglesias, las capillas, los hogares cristianos y los espacios públicos celebramos con una plétora de iconos los resultados de la Encarnación de Dios. Nuestros compañeros santificados nos acompañan en nuestro viaje por la vida, nos exhortan y nos señalan nuestro ansiado destino de la deificación.

La Deificación y La Iglesia ... con Sus Miembros Vivos, Difuntos y en Arrepentimiento

Aquellos de nosotros que deseamos recibir el Espíritu Santo, unirnos *con* Cristo, y unirnos *en* Cristo con Dios el Padre, reconocemos que esta unión puede lograrse en la arena preparada para esta gran obra. Creemos que esto puede realizarse mejor en el cuerpo de Cristo, que consideramos es la Iglesia Ortodoxa. Recordando a San Gregorio Palamás, nos apresuramos a añadir, como fue señalado antes por San Basilio, que no es una unión con la Esencia Divina, sino con la naturaleza humana deificada de Cristo. Sin embargo, esta unión con Cristo no es ni externa, ni simplemente moral, y por supuesto, no se trata de la correcta implementación de directrices, ya sea en el "Pedalion" o en algún otro manual cristiano. No queremos decir que las reglas y las regulaciones promulgadas por la Iglesia en varios momentos de su historia no constituyan un buen punto de comienzo. No somos seguidores de Cristo de la misma manera en que los antiguos paganos seguían a un filósofo iluminado o a un maestro justo. En cambio, somos miembros del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo – el cuerpo real, indudablemente no es un movimiento moral, social o político, como se ha asumido ocasionalmente. A pesar de nuestra indignidad y nuestra pecaminosidad, Cristo nos toma a nosotros los cristianos y nos incorpora en su Cuerpo. Nos hace miembros de Sí Mismo. Y así nos convertimos en miembros reales del Cuerpo de Cristo, no solo moralmente. Como lo plantea el Apóstol San Pablo, "somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos" (Efesios 5:30 RV 1960). El Archimandrita Jorge hace una oportuna advertencia:

Por supuesto, dependiendo del estado espiritual de los cristianos, son a veces miembros vivos del cuerpo de Cristo, y otras veces miembros muertos. No obstante, incluso como miembros muertos, no dejan de ser miembros del cuerpo de Cristo. Por ejemplo, alguien que es bautizado se ha convertido en un miembro del cuerpo de Cristo. Si no se confiesa, no toma la Comunión, no vive una vida espiritual, es un miembro muerto del cuerpo de Cristo. Cuando se arrepiente, inmediatamente recibe la vida divina. Esta lo impregna y se convierte en un miembro vivo del cuerpo de Cristo. No necesita ser rebautizado. Alguien que nunca ha sido bautizado, sin embargo, no es miembro del cuerpo de Cristo, incluso si vive una vida moral según las normas humanas. Necesita ser bautizado para convertirse en miembro del cuerpo de Cristo, para incorporarse en Cristo.

Porque somos miembros del cuerpo de Cristo se nos ofrece la vida de Cristo y, por lo tanto, se convierte en nuestra vida. Así somos vivificados, salvados y deificados. No pudiéramos ser deificados si Cristo no nos hubiese hecho miembros de su Santo Cuerpo.

Dentro de la Iglesia en la cual nos unimos con Dios, vivimos esta nueva realidad que Cristo trajo al mundo – la nueva creación. Esta es la vida de la Iglesia, la vida de Cristo, que se convierte en nuestra como un don del Espíritu Santo. Todo en la Iglesia conduce hacia la deificación. La Santa Liturgia, los Misterios, la Adoración divina, el sermón del Evangelio, el ayuno; todos conducen hacia la deificación. La Iglesia es el único lugar de deificación.

Es posible que nosotros, personas débiles y pecadoras atravesemos crisis y dificultades de vez en cuando dentro de la Iglesia. Incluso es posible que ocurran escándalos en el seno de la Iglesia. Todas estas cosas suceden en la Iglesia, porque aún nos encontramos en el camino hacia la teosis; y es muy natural que las debilidades humanas todavía existan. No estamos convirtiendo en dioses, pero aún no. Por lo tanto, no importa cuán a menudo ocurran estas cosas, no dejaremos la Iglesia, puesto que dentro de la Iglesia tenemos la posibilidad de unirnos con Dios.

En la Iglesia Ortodoxa de Cristo, podemos alcanzar la deificación porque, según las enseñanzas de la Santa Biblia y de los Padres de la Iglesia, la gracia de Dios es increada. Dios no es solo esencia, también es energía. Debemos recordar que muchos teólogos occidentales han considerado a Dios en términos de esencia, haciéndose eco, aunque parezca raro de las enseñanzas islámicas. Ocurre así porque la esencia de Dios es imponente e inaccesible para el ser humano, de acuerdo con la advertencia bíblica: “Nadie puede verme y seguir con vida” (Éxodo 33:20).

Comprendiendo las Energías y la Esencia de Dios

Según el punto de vista teológico ortodoxo, Dios es tanto Uno en una Trinidad como una Trinidad en Uno. Como enseñaron San Máximo el Confesor, San Dionisio el Areopagita, y otros Padres, Dios está lleno de un divino amor, un “Eros” divino por sus criaturas. A causa de este amor infinito y extático suyo, sale fuera de Sí Mismo y busca unirse con ellas. Esto se expresa y se realiza por medio de su energía o, mejor, de sus energías.

Haciéndose eco tanto de San Basilio como de los escritores Hesicastas, el Archimandrita Jorge afirma lo siguiente:

Las energías de Dios son energías divinas. También son Dios, pero sin ser su esencia. Son Dios y, por lo tanto, pueden deificar al hombre. Si las energías de Dios no fueran divinas e increadas, no serían Dios y, por consiguiente, no serían capaces de deificarnos, de unirnos con Dios. Habría una distancia insalvable entre Dios y los hombres. Pero, en virtud de que Dios posee energías divinas, y al unirse con nosotros por medio de estas energías, somos capaces de estar en comunión con Él y de unirnos con su gracia sin hacernos idénticos con Dios, como ocurriría si nos uniésemos con su

esencia. Nos unimos con Dios por medio de sus energías increadas, y no por medio de su esencia. Este es el misterio de nuestra fe y de nuestra vida ortodoxa.

Una gran agitación en la Iglesia en el siglo cuarto fue provocada por un monje griego de Italia, Barlaam. Reaccionó en contra de las enseñanzas corrientes, que emanaban en gran parte del Sinaí y de Athos, sobre la teosis. Estaba indignado por los debates Hesicastas entonces corrientes que se centraban en la idea de que los cristianos después de mucha lucha, la purificación de las pasiones, y mucha oración, podían ser transformados y ser dignos de unirse con Dios, incluso de tener la experiencia de Dios, de ver a Dios. Se proclamó que tales personas podían experimentar la Luz Increada que los santos Apóstoles habían visto durante la Transfiguración de nuestro Salvador Cristo en el Monte Tabor.

Sin embargo, influenciado por las enseñanzas occidentales de la época, Barlaam sostenía un punto de vista racionalista y rechazaba las enseñanzas Hesicastas completamente. Entrando en polémica con los Padres Hesicastas puso en duda la autenticidad de cualquier experiencia de lo divino y llegó a ridiculizar a los monjes athonitas en particular, como ilusos. Las polémicas que siguieron a su ataque fueron complicadas tanto por las preocupaciones políticas como por el cisma en curso (y por los intentos de superar ese cisma) entre las Iglesias Oriental y Occidental. Los pensadores humanistas emergentes tanto del Oriente como del Occidente, junto con aquellos bizantinos que favorecían la Unión con Roma como un medio de revitalizar a la “Cristiandad” argumentaban que era imposible para cualquiera ver a Dios. Este punto de vista surgió a partir de la ausencia de la necesaria distinción que debía hacerse entre la esencia de Dios y sus energías increadas la cual tenía en cuenta tanto la incognoscibilidad de Dios como su automanifestación atestiguada o teofanías. Las polémicas iniciadas por Barlaam sirvieron para alienar más a las Iglesias Oriental y Occidental, para fortalecer el “Uniatismo” y para comprometer la posición de los cristianos ortodoxos en los territorios dominados por los francos.

Por otra parte, Barlaam también provocó una respuesta oportuna y elocuente de parte de San Gregorio Palamás, el Arzobispo de Tesalónica. Al traer su altísimo intelecto, su sensibilidad cultural y su experiencia espiritual personal al debate defendió con éxito la posición de los Hesicastas. Conforme con ambas, las Santas Escrituras y la Santa Tradición de la Iglesia Ortodoxa los Hesicastas proclamaron que la luz de Dios es increada – que es Dios Mismo. De esta posición, se dedujo que, los hombres deificados ven esta luz como la experiencia final y más elevada de la teosis, y que son vistos dentro de esta Luz de Dios. San Gregorio Palamás enseñó que esta es la gloria de Dios, su esplendor, la Luz del Monte Tabor, la luz de la Resurrección de Cristo y de Pentecostés, y la nube brillante del Antiguo Testamento. Para San Gregorio esta es la verdadera Luz Increada de Dios, mientras que, para los barlaamitas y muchos otros pensadores hasta el día de hoy, a lo sumo es una metáfora bastante poética o puramente simbólica para la sensación de “unidad” con lo Divino.

San Gregorio Palamás y sus seguidores (los llamados Palamitas) afirmaron y profundizaron las enseñanzas ortodoxas sobre la Teosis. San Gregorio declaró que un cristiano no es un cristiano simplemente porque esa persona es capaz de hablar acerca de Dios, sino que, una persona particular es un cristiano porque es capaz de tener la experiencia de Dios.

Como sucede con nuestros bienamados compañeros en nuestra estadía terrenal, experimentamos mucho más que una simple relación externa. La teosis sigue a la adquisición del Espíritu Santo como la unión mística de Dios y el hombre.

Conclusión: Moviéndonos hacia la Deificación

Los Escritores Patrísticos dicen categóricamente que podemos y debemos alcanzar la *teosis* dentro de la Iglesia. No obstante, es un don de Dios – como todo lo demás. El Archimandrita Jorge aclara el reto al que nos enfrentamos:

No es algo que podemos lograr ya sea “pasando pruebas” o por nuestro propio mérito. Naturalmente, tenemos que querer, luchar, y prepararnos a nosotros mismos para que seamos dignos, capaces, y receptivos lo suficiente como para que aceptemos y preservemos este gran don de Dios, ya que Dios no desea hacernos nada sin nuestra libertad. No obstante, la *Teosis* es un don de Dios. Por esta razón los santos Padres dicen, por una parte, que “sufrimos” la deificación y, por otra parte, que Dios [Mismo] obra la *teosis*.

Podemos discernir también ciertos requisitos necesarios en el sendero de la humanidad hacia la deificación – muy en particular, la oración incesante, el amor que todo lo abarca, la humildad profunda, el verdadero ascetismo y la vigilancia (el control del *nous*/mente). Además, la participación en los Santos Misterios y la adoración común son también necesarias puesto que fortalecen nuestra determinación y nos abren a los dones y las visiones del Espíritu Santo.

Cada oración de la Iglesia ayuda a limpiar el corazón, pero la llamada oración de una sola frase, también conocida como oración noética u oración del corazón, es especialmente útil. Es la Oración de Jesús: “Señor Jesús Cristo, ten piedad de mí, pecador.” Esta oración, que ha sido transmitida entre los monásticos por siglos, tiene el beneficio de ser tanto breve como de brindar cierta inmediatez, incluso intimidad. Como es una sola oración, nos ayuda a concentrar nuestras mentes y a enfocar nuestro ser. Las enseñanzas de los monjes athonitas sigue siendo consistente: al concentrar nuestro *nous*, lo sumergimos en nuestro corazón, y así nos es posible prestar nuestra completa atención para asegurarnos de que nuestro corazón no esté ocupado en otras cosas e ideas, buenas o malas – sino ocupado solo con Dios.

Esta práctica de la “oración del corazón” es central para el Hesicasmo y se mantiene como el medio de lograr la “oración incesante” mencionada por San Pablo en 1 Tesalonicenses 5:17 y por muchos otros después de él. A lo largo de los siglos, los monjes ortodoxos desarrollaron toda una “ciencia espiritual” o “arte sagrado” relacionada con la Oración de Jesús u “Oración del

Corazón.” Los principales escritos dedicados a este tema están reunidos en *La Filocalia* y puedes ser consultados en excelentes traducciones en inglés.¹⁴

Al leer a través de *La Filocalia*, nos queda la impresión de que a pesar de nuestras muchas preocupaciones y nuestras actividades diarias aún recibimos ayuda de lo que a veces se denomina “meditación cristiana” – sencillamente, pausas regulares para detenernos y entrar en oración en calma. Por supuesto, todas las tareas y deberes dedicados a Dios pueden santificarnos e incluso estar llenos de oración, pero también necesitamos desarrollar nuestra vida de oración y convertir la oración en algo habitual.

El Archimandrita Jorge nos advierte que:

Aun cuando hemos sido llamados para este gran propósito; a unirnos con Dios; a convertirnos en Dioses por la gracia; y a disfrutar de esta gran bendición para la cual nuestros Hacedor y Creador nos hizo, a menudo vivimos como si este grande y noble propósito no existiera para nosotros. Por ello, nuestra vida está llena de fracasos.

Declara: “Dios, como Amor, nos ha moldeado para la teosis. Si no somos deificados, entonces hemos fracasado en alcanzar nuestro pleno potencia como humanos.”

Nuestros fracasos en el campo de la oración y nuestra incapacidad para concebirla, menos aún para lograr la deificación, es atribuida de manera consistente por los Ancianos Ortodoxos a lo siguiente: nuestro apego abrumador a las cosas mundanas o solo a los cuidados básicos de la vida, un moralismo estéril y a menudo erigido en juez – o sea, fariseo en esencia – y una entrega a las ideologías corrientes o a las tendencias del pensamiento que dan la espalda a la *teosis*. Para los Padres Athonitas en particular, perdura la posición ortodoxa – que no puede haber un progreso más grande para la humanidad que alcanzar la amorosa unión con Dios.

Un miembro dedicado a la oración de nuestra congregación reflexionó recientemente: “En nuestras vidas a menudo nos movemos en la dirección correcta y ponemos las cosas en orden. Sin embargo, el cambio esperado no se materializa. El Señor nos tiene en sus manos. Somos suyos; y es bello contemplarlo.” Tal perspectiva nos indica cómo buscamos correctamente al Señor, pero la deificación solo llega a buen término por medio de la gracia. Que esta clase E-

¹⁴ *The Philokalia: The Complete Text*, 4 vols. Compilados por San Nicodemo de la Santa Montaña y San Macario de Corinto, editado por G. E. H. Palmer, Philip Sherrard & Kallistos Ware (London: Faber & Faber, 1983-1998) y *Writings from the Philokalia on the Prayer of the Heart*, editado por E. Kadloubovsky & G. E. H. Palmer (London: Faber & Faber, 1975). Vea también Metropolitano de Nafaktos Hierotheos, *A Night in the Desert of the Holy Mountain: Discussion with a Hermit on the Jesus Prayer*, tr. Effie Mavromichali (Levadia-Hellas, Grecia: Monasterio de la Natividad de la Theotokos, 1991); Obispo [ahora Metropolitano] Kallistos Ware, *The Jesus Prayer*, nueva edición. (Londres: Catholic Truth Society, 2014); y Obispo Ignacio Brianchaninov, *On the Prayer of Jesus* (Lake Worth, FL: Ibis Press, 2007). Vea en español: <http://www.elarcadenoe.org/filokalia/filokalia.htm>.

Quip constituya un paso más en la preparación de cada uno de nosotros para esa gracia declarada tan claramente por muchos Padres Patrísticos y Athonitas.